

Descubrámonos los unos a los otros

JOSÉ SARAMAGO

Premio Nobel de Literatura 1998

En este tiempo en que vivimos, donde proliferan las librerías repletas de libros capaces de enseñar todas las técnicas y tecnologías, todos los sistemas y métodos, todos los trucos y artificios —como, v. g., el arte de ser mujer y no morir en el intento, quizá incluso un día el arte de ser humano y no matar por costumbre— no faltarán seguramente los manuales de cómo impartir una conferencia, bien ordenados en secciones, capítulos y subcapítulos, de acuerdo con los procesos mentales lógicos más adecuados al conferenciante, así como a los conocimientos y expectativas de los asistentes; tengamos en cuenta, además, que según las lecciones que nos vienen del otro lado del Atlántico toda la información y los análisis expresados en una conferencia deberán ir acompañados de un ingrediente considerado indispensable a la buena digestión y asimilación de las ideas ofrecidas. Tal ingrediente es el humor. Temo, sin embargo, que, en el caso de la charla que han venido a escuchar, tanto la información como el análisis no resulten suficientemente satisfactorios, y por lo que respecta al humor, pienso, al contrario de lo que se cree generalmente, que se trata de algo demasiado serio como para tomárselo a broma.

Quiero decir con esto que no debéis esperar grandes novedades y alardes del simple novelista que soy, y que aunque no me sean del todo ajenas las virtudes de la ironía y del humor, no me parece que el tema que aquí os traigo hoy se preste a exhibiciones de esa naturaleza, a no ser que nos refiramos a esa otra modalidad del humor y de la ironía, que es, sin duda, la más saludable entre todas ellas y no consiste sino en ser uno al mismo tiempo el agente y el objeto de la misma.

En esos manuales del perfecto conferenciante, de cuya real existencia no estoy enteramente seguro (aunque ciertamente no habrán escapado a la imaginación de los autores y a la perspicacia de los editores, empeñados unos y otros en hacernos la vida más fácil), sin duda se hablará de los modos principales de abordar un asunto: el primero de los cuales es el del sopetón, que casi no da tiempo a que los asistentes se acomoden en sus sillas, aturridos inmediatamente por la vehemencia de la alocución, por la profundidad de los conceptos o por aquello que algunos llaman actualmente comunicación agresiva; mientras que el segundo modo es el de no tener prisa e invita a

proceder dando pequeños pasos y avanzar mediante mínimas aproximaciones. Este último es el estilo de aquellos que, sabiendo que la especie humana se halla destinada a hablar hasta el final de los tiempos, desean que su propia voz no se ausente demasiado pronto del concepto general y simulan no tener prisa. Como se sabe, en mis libros me inclino preferentemente por una escritura narrativa de tipo lento y minucioso, por lo que no se extrañarán si, llegada la hora de hablar, decido comenzar por describir el bosque antes de examinar una por una, hasta donde alcance mi conocimiento, las especies vegetales...

Por esto me pareció muy apropiado citar aquí un cierto libro mío que, por tratar de navegaciones, es verdad que insólitas, y de rumbos, es verdad que imprecisos, espero que acabe por ayudarme a llevar más o menos a puerto de salvación la nao de esta conversación. Me refiero, como algunos de los presentes habrán adivinado ya, a esa novela titulada *La balsa de piedra*, que, si no llegó a darle la vuelta al mundo, logró perturbar algunas cabezas europeas excesivamente susceptibles que pretendieron ver en ella, más que la ficción que es, *un acta de protesta y de rechazo contra la Europa comunitaria*. Confieso que alguna perturbación, de otra naturaleza, comenzó por tocar al propio autor del libro, que de tanto enredarse en las corrientes de la marítima historia que iba narrando, llegó al extremo de imaginarse marinero de la fantástica embarcación de piedra en que había transformado la Península Ibérica, fluctuando impávida sobre las aguas del Atlántico, *rumbo al sur y a las nuevas utopías*.

La alegoría era de las más transparentes. Aunque aprovechando y desarrollando ficcionalmente algunas semejanzas con las conocidas razones de los emigrantes que viajan a tierras extrañas para buscarse la vida, había en este caso una diferencia sustancial y definitiva, por así decirlo: la de viajar conmigo en la inaudita migración, además de mi país, para no quedarse amputada la península, la propia España, separada ella, irónicamente, de Gibraltar, y dejando agarradas al fondo del mar, bien firmes, las Islas Baleares y las Islas Canarias. Esas mismas Islas Canarias donde no imaginaba yo que las circunstancias de la vida me llevarían un día, para en una de ellas vivir...

Esa mi *Balsa de piedra* es, toda ella, desde la primera a la última página, la consecuencia literaria de un resentimiento histórico. Puestos por las casualidades de la geografía en el extremo occidental del continente europeo, los portugueses, a pesar de con España haber llevado (tanto para bien como para mal) a otras partes del mundo el nombre y el espíritu de Europa, quedaron después, de cierto modo, al margen de la historia subsecuente. Nos cabe a nosotros (me refiero ahora, evidentemente, a Portugal) una parte de responsabilidad en esa especie de exilio dentro de lo que en nuestros días se dio en llamar la casa común europea. En todo caso, el gusto por la autoflagelación que nos es muy característico no deberá hacer olvidar el desdén y la arrogancia de que nos dieron abundantes muestras las potencias europeas a lo largo de cuatro siglos, comenzando por el más antiguo aliado de Portugal, que es Gran

Bretaña, para quien, hasta tiempos bien recientes, cualquier intento de acercamiento y conciliación de los intereses de los dos Estados peninsulares siempre fue visto como una potencial amenaza a sus propios e imperiales intereses.

Al decir que hemos llevado el espíritu de Europa a desconocidas regiones del mundo no es mi intención entonar las acostumbradas aleluyas, el canto habitual de alabanzas a las culturas y a la civilización europeas. No os voy a cansar repitiendo al extensísimo catálogo de sus maravillas, desde los griegos y los latinos hasta los tiempos de hoy. De más sabemos que Europa es madre ubérrima de culturas, faro inapagable de civilización, lugar donde vino a instituirse el modelo humano que más próximo está, supongo, al prototipo que Dios tendría en mente cuando colocó en el paraíso al más antiguo ejemplar de nuestra especie... Por lo menos es así, de esta manera idealizada, como los europeos se contemplan a sí mismos, por lo menos es ésta la respuesta que a sí mismos se vienen dando invariablemente: «Yo soy lo que de más bello, más inteligente, más perfecto, más culto y civilizado la Tierra ha producido hasta ahora.»

Ante las convictas certezas con que los europeos suelen embalar sus ilusiones, y como contrapartida de ellas, sería ahora el momento de describir la ciertamente no menos extensa relación de los desastres y horrores de Europa, los cuales, probablemente, acabarían por llevarnos a la deprimente conclusión de que la famosa batalla celeste aquélla, entre los ángeles sublevados y los ángeles obedientes, fue ganada por Lucifer, y que el único habitante del paraíso, finalmente, habría sido la serpiente, encarnación tangible del mal y su gráfica representación. Serpiente que no precisó de macho, o de hembra, si macho era, para proliferar en número y en cualidad... Sin embargo, no haremos esa relación, como no hicimos antes, aquel catálogo. Cubriremos piadosamente el espejo de las verdades acusadoras para que él no tenga que pronunciar, siquiera, la primera palabra de la respuesta terrible que ya estaremos adivinando en nuestro corazón.

Claro que, desde un punto de vista abstracto, Europa no tiene más culpas en la notaría de la Historia que cualquier otro lugar del mundo donde, ayer y ahora mismo, por todos los medios, se hayan disputado o se estén disputando poder y hegemonía. Pero la ética, ejerciéndose, como lo dice el sentido común, sobre lo social concreto, deberá ser la menos abstracta de todas las cosas, y aunque variable según el tiempo y el lugar, siempre estará ahí, como una presencia callada y rigurosa que, con su mirada fija, nos pide cuentas todos los días. Europa debería presentar al tribunal de la conciencia mundial (si eso existe) el balance de su gestión histórica (perdonésemme este lenguaje de burócrata), para que no siga prolongándose su pecado mayor y su mayor perversión, que es, y ha sido, la existencia de dos Europas, una central, otra periférica, con el consiguiente lastre de injusticias, discriminaciones y resentimientos, cuya responsabilidad la nueva Europa comunitaria no parece querer asumir, esa paralizadora tela de prejuicios y opiniones hechas que todos los

días se manifiesta y nos distancia de un espíritu auténtico de diálogo y colaboración. No estoy hablando de guerras, de invasiones, de genocidios, de eliminaciones étnicas selectivas, que no cabrían en un discurso como éste. Hablo, sí, de la ofensa grosera que es, más allá de la congénita malformación que denominamos eurocentrismo, aquel comportamiento aberrante que consiste en ser Europa eurocéntrica en relación a sí misma. Para los Estados europeos más ricos y, si acreditamos la narcisista opinión en que acostumbran complacerse, culturalmente superiores, el resto del continente sigue siendo algo más o menos vago y difuso, con un tanto de exotismo, con un tanto de pintoresco, merecedor, cuando mucho, del interés de antropólogos y arqueólogos, pero donde, a pesar de todo, contando con las adecuadas colaboraciones locales, aún se pueden hacer algunos buenos negocios.

Ahora bien: es mi parecer que no habrá una Europa nueva si ésta que tenemos no se instituye decididamente como una entidad moral, como tampoco habrá una nueva Europa en tanto no se haya eliminado, más que los egoísmos nacionales o regionales, que casi siempre son reflejos defensivos, en cuanto no se haya eliminado, digo, el prejuicio de un supuesto predominio o subordinación de unas culturas en relación a otras. Tengo presente, claro está, como pura obviedad que es, la importancia de los factores militares y políticos en la formación de las estrategias globales, pero siendo, por fortuna o desfortuna, hombre de libros, es mi deber, si aquí vengo, recordar que las hegemonías culturales de nuestro tiempo han resultado, esencialmente, de un doble y acumulativo proceso de evidenciar lo suyo y ocultar lo ajeno, y que ese proceso que, con el paso del tiempo, tuvo el arte de imponerse como algo inevitable, ha sido muchas veces favorecido por la resignación, cuando no por la complicidad, de las propias víctimas.

Ningún país, por más rico y poderoso que fuera, debería arrogarse voz más alta que los demás. Y ya que de culturas venimos hablando, diré también que ningún país, o grupo, o tratado, o pacto de países, tiene el derecho de presentarse como mentor o guía cultural de los restantes. Las culturas no deben ser consideradas mejores o peores, no deban ser consideradas más ricas o más pobres: son, todas ellas, culturas, y basta. Desde ese punto de vista, se valen unas a las otras, y será por el diálogo entre sus diferencias, las cualitativas, no las cuantitativas, por lo que se encontrarán justificadas. No hay, y espero que no la haya nunca, por ser contraria a la pluralidad del espíritu humano, una cultura universal. La Tierra es única, pero no el hombre. Cada cultura es, en sí misma, un espacio comunicable y potencialmente comunicante: el espacio que las separa es el mismo que las liga, como el mar separa y liga a los continentes.

Dentro de la mal avenida casa europea, las dificultades de relación entre los pueblos fueron y, aunque en otro nivel, siguen siendo el más serio de los problemas que tendremos que resolver si queremos llegar a un entendimiento que haga de la vida en Europa algo diferente de lo que hasta ahora

ha sido —una lucha obsesiva por más y más riqueza, por más y más poder—. ¿Qué no se dirá entonces de la relación de Europa, en su conjunto, con los pueblos que, a partir del siglo xv, de grado o forzados, entraron en el proceso general de ensanchamiento y conocimiento del mundo iniciado con los descubrimientos y las conquistas?

En verdad, desde que Colón, en 1492, tocó tierra americana, creyendo que había llegado a la India, y Álvarez Cabral, en 1500, por casualidad o a caso hecho, encontró Brasil, fueron diversas, pero jamás contradictorias, las imágenes que Europa recibió de ese nuevo mundo, en muchos aspectos incomprensible para ella. Aunque, como la Historia vino luego a demostrar, bastante dúctil y moldeable, bien por la violencia de las armas, bien por la persuasión religiosa, a los intereses materiales y a las conveniencias ideológicas de aquellos que, habiendo comenzado como descubridores (siempre alguien tuvo que descubrir, siempre alguien tuvo que ser descubierto), inmediatamente pasaron a explotadores. El soldado y el fraile que pusieron pie en las tierras nuevamente descubiertas, llevaban a los combates armas diferentes. Uno blandía la espada, el otro imponía la cruz. Si no fueron iguales los medios usados, sin duda coincidieron ellos en los fines: la dominación de las almas transportadas por los cuerpos, la dominación de los cuerpos animados por las almas.

Por una dádiva suplementaria del Creador —séame permitida la melancólica ironía—, el oro y los diamantes hicieron más atractiva y compensadora la empresa de la evangelización. Ante tantas riquezas y maravillas, ya se sabe qué poco irían a significar las devastaciones, los saqueos y los genocidios, menos aún en las conciencias de la época, que ponían, por encima de todo, a la vez que sus intereses los de Dios y de la Corona, justificados éstos, en cada caso dudoso, por adecuadas razones de Fe y de Estado. Previendo uno u otro escrúpulo moral, siempre posible en la problemática naturaleza humana, quisieron el Azar y la Providencia que viniesen al mundo, en el momento necesario, un Bartolomé de las Casas y un Antonio Vieira para que en España y en Portugal pudieran tener los indios sus defensores, aunque solamente oficiosos, contra las peores arbitrariedades y las más escandalosas extorsiones... Los tiempos fueron mudando, la Historia perfeccionó los métodos. De acuerdo con sus intereses nacionales, cada país de Europa, a lo largo de los siglos, miró a América a su propia e interesada manera, y, por ese modo particular de mirar, pretendió, invariablemente, sacar de ella algún provecho, aunque para ello haya sido preciso presentarse, cuando convino, con la imagen y la apariencia de un libertador.

Llegados a esta altura, creo que comenzará a entenderse el motivo por el que di a este escrito el título aparentemente conciliador de *Descubrámonos los unos a los otros*. Quiero dejar claro que no fue ni es mi objetivo, de modo más o menos metafórico, y con un oportunismo que vendría fuera de tiempo, intentar armonizar aquí la polémica palabra *descubrimiento* con los diplomáticos pero inútiles arreglos de última hora con que se pretendió, por vía de una

simulación que ni las buenas intenciones lograban disculpar, sustituirla por expresiones presuntamente más consensuales, como serían las de *encuentro de pueblos y diálogo de culturas*. Tanto por un modo de ser propio como por formación adquirida, he procurado, a lo largo de toda mi vida, no caer en la fácil tentación de colar a la realidad conceptos que no se correspondan con aquel grado de fidelidad (siempre relativa, ay de mí) que, a pesar de las reconocidas debilidades del espíritu humano en general (y del mío en particular), nos defiende de incurrir en excesivas perversiones de juicio. Con esto quiero decir que si a unos, los del otro lado del océano, no agradó ni agrada la palabra *descubrimiento* (lo que, siendo un derecho de ellos, no basta para borrar la evidencia histórica), los otros, los de este lado, sean portugueses o españoles, no pueden esperar absolución alguna por el hecho de llamar hoy *diálogo de culturas* o *encuentro de pueblos* a lo que entonces fue violencia, depredación y conquista.

Aprovechando la ocasión, podría yo introducir ahora en mi discurso la nómina de los mil y un actos bárbaros practicados por los españoles en las tierras y contra las gentes del Nuevo Mundo, según rezan las crónicas y nadie, por más explicaciones que invente, logrará justificar algún día. Pero muy cierto y muy buen consejero es el refrán que nos avisa que no debe tirar piedras al tejado del vecino quien lo tenga de vidrio en su propia casa. Por eso renuncio a tomar como blanco de mi puntería los tejados del vecino peninsular y, al contrario, pongo a la vista mis propios y frágiles techos. En una carta fechada el 20 de abril de 1657, nuestro Padre Antonio Vieira, ya antes citado, escribía desde Brasil al rey D. Alfonso VI de Portugal: «Las injusticias que se han infligido a los naturales de esta tierras exceden en mucho a las que se hicieron en África. En el espacio de cuarenta años se mataron y destruyeron en esta costa y territorios más de dos millones de indios y más de quinientas poblaciones y grandes ciudades, y de esto nunca se vio castigo.»

No continuaré citando, no buscaré otras fuentes: por esta única teja partida entra el huracán de las atrocidades portuguesas, tan destructor como aquel que preparó a España la materia de la Leyenda Negra, uniendo a unos y a otros, a portugueses y a españoles, como iguales de cuantos pueblos, desde el comienzo de la Historia, ejercieron dominio violento e intolerante sobre otros pueblos. No llevamos nuestras culturas a un diálogo con otras culturas, fuimos, sí, a corromper las que encontramos, y en el caso de los pueblos incas, mayas y aztecas, a destruir las civilizaciones que les habían dado origen y de las que se sustentaban. De esa culpa añadida estamos nosotros, los portugueses, por una pura casualidad, exentos, tan sólo porque *nuestros* indios, los de Brasil, se encontraban aún, en todos los aspectos, en un nivel de desarrollo inferior...

No aceptaremos que nos condenen como a los mayores criminales de la Historia, pero no procuremos absoluciones a todo costo. Levantar un monumento a las víctimas de la invasión europea de 1492, como lo hizo o lo quiso

hacer un digno alcalde de Puerto Real, no sólo demuestra una ingenuidad filosófica totalmente al margen de las realidades históricas, sino parece ignorar que los responsables del dominio político y económico de que son víctimas, hoy y no ayer, hoy y no hace cinco siglos, los pueblos de América Latina no se llaman Colón ni Cabral, antes bien usan nombres y apellidos de un inconfundible acento anglosajón. Por otro lado, si persistimos en esas ideas de una póstuma e inocua justicia, no tendremos más remedio que cubrir toda la tierra de monumentos a víctimas de invasiones, por cuanto, como bien sabemos, el mundo, desde que es mundo, no ha hecho otra cosa que invadir al mundo...

Ahora sí se tornaron definitivamente claras las palabras que componen el título de esta conferencia: lo que pretendo, finalmente, es decir que el *descubrimiento* del otro ha significado casi siempre (las excepciones, de haberlas, no cuentan, dado que no pudieron ni podrían contrariar la regla) la emergencia, en el espíritu del *descubierto*, de las diversas expresiones de la intolerancia, desde el rechazo de diferencias simples hasta las manifestaciones más extremas de xenofobia y racismo. La intolerancia, después de tantas pruebas dadas, ya se nos presenta como una expresión trágicamente configuradora de la especie humana y de ella inseparable, y probablemente tiene raíces tan antiguas como el momento en que se produjo el primer encuentro entre una horda de pitecántropos rubios con una horda de pitecántropos negros...

No nos engañemos a nosotros mismos: en el día en que Cabral y Colón pusieron pie en las tierras por primera vez descubiertas, lo que dentro de ellos y de quienes les acompañaban despertó violentamente fue, una vez más, el demonio de la intolerancia, la dificultad de aceptar y reconocer *al otro* en todas sus diferencias, y peor todavía, el rechazo a admitir que la razón *del otro* pudiera, racionalmente, prevalecer sobre la nuestra, y que el espíritu *del otro* hubiera podido alcanzar, por sus propios medios, una plenitud igual o superior a aquella a la que suponemos ha llegado al nuestro. Descubrimos al otro y de paso lo rechazamos. Así como Macbeth podía decir que no bastaría todo el agua del gran Neptuno para lavar la sangre de sus manos, tampoco habrá dialéctica no sofística capaz de encubrir o disfrazar la intolerancia que llevamos en la masa de nuestra propia sangre.

Ciertamente, aquellos que, por inclinación personal o por la formación recibida, pudieron beber del *manantial de las humanidades* y aprendieron, en sus propias flaquezas, la dura lección de las imperfecciones y de las vulgaridades humanas, éstos logran oponerse, de un modo que yo llamaría culturalmente espontáneo, a todo comportamiento intolerante, cualquiera que sea su origen y fundamento, de raza o de frontera, de color o de sangre, de casta o de religión. No olvidemos, sin embargo, que las propias clases sociales, por su ordenamiento piramidal y las resultantes contradicciones y tensiones internas de poder y de dominio, activan, en sus conflictos, comportamientos de intolerancia semejantes. Entre nosotros, el *negro* tiene, cuántas veces, la piel blanca,

y el árabe pueda muy bien ser aquel cristiano cumplidor que, aunque bautizado y crismado, aunque regularmente se confiese y comulgue, pertenece a otra *iglesia social*.

Todas las protestas, todos los clamores, todas las proclamaciones contra la intolerancia son justas y necesarias, pero la experiencia de tantas expectativas defraudadas, y de tantas ilusiones perdidas, debería aconsejarnos moderar nuestra satisfacción cuandoquiera que, como consecuencia de esas u otras acciones, la intolerancia parezca detenerse en su avance, e incluso recule ocasionalmente, a la espera, ya deberíamos saberlo, de tiempos más propicios. Prácticamente, todas las causas de la intolerancia han sido ya identificadas, desde las proposiciones políticas con objetivos finales de apropiación territorial, dando como pretexto supuestas *purezas étnicas*, que frecuentemente no dudan en adornarse con las neblinas del mito, hasta las crisis económicas y las presiones demográficas que, aunque en principio no necesitan de justificaciones externas, tampoco las desdeñan si, en un momento agudo de esas mismas crisis, se considera conveniente el recurso táctico a esos potenciadores ideológicos, los cuales, a su vez, en un segundo momento, podrán llegar a transformarse en móvil estratégico autosuficiente.

Infelizmente, los brotes de intolerancia, sean las que sean sus raíces históricas y sus causas inmediatas, y como si los hechos anteriores de naturaleza y consecuencias semejantes hubiesen sucedido en un planeta sin comunicación con éste, encuentran invariablemente facilitadas sus operaciones de corrupción de las conciencias. Entorpecidas ya por egoísmos personales o de clase, éticamente paralizadas por el temor cobarde de parecer poco *patriotas* o poco *creyentes*, según los casos, en comparación con la insolente y agresiva propaganda racista o confesional, en las conciencias se va despertando, poco a poco, la bestia que dormía hasta hacerla saltar dispuesta a la violencia y al crimen. De hecho, nada de esto debería sorprendernos. Sin embargo, con desconcertante ingenuidad, aquí andamos preguntándonos, una vez más, cómo es posible que haya retornado el flagelo, cuando lo considerábamos extinto para siempre, en qué mundo terrible seguimos viviendo cuando tanto creíamos haber progresado en civilización, cultura, derechos humanos y otras prendas...

Que esta civilización —y no me refiero solamente a la que, de modo simplificador, denominamos occidental— está llegando a su término parece ser un punto indiscutible para todo el mundo. Que entre los escombros de los regímenes desmoronados o en vías de desmoronarse (socialismos pervertidos y capitalismo perversos) comienzan a esbozarse, entre tanteos y dudas, recomposiciones nuevas de los viejos materiales, eventualmente articulables entre ellos, o bien —guiados por la lógica de las nuevas interdependencias económicas y la globalización de la información— prosiguen con estrategias perfeccionadas los conflictos de siempre, todo esto parece estar igualmente bastante claro. De un modo mucho menos evidente, tal vez por pertenecer al territorio de aquello que, metafóricamente, yo denominaría *las ondulaciones profundas del*

espíritu humano, creo que es posible identificar en la circulación de las ideas un impulso apuntado a un nuevo equilibrio, en el sentido de una *reorganización* de valores que debería suponer una redefinición, al mismo tiempo racional y sensible, de los viejos deberes humanos, tan poco estimados en nuestros días. De este modo quedaría colocada, al lado de la carta de los derechos del hombre, la carta de sus deberes, ambas indeclinables e imperiosas, y ambas, en el mismo plano, legítimamente invocables. A Colón y a Cabral nos se les podía exigir que pensarán en estas cosas, pero nosotros no podemos permitirnos ignorarlas.

Es tiempo de terminar. Entretanto, *la balsa de piedra* navegó hacia el sur unas cuantas millas más. Su ruta terminará en un punto del Atlántico situado en algún lugar entre África y América del Sur. Ahí, como una nueva isla, se detendrá. Transportó a los pueblos de la Península herederos de los antiguos descubridores, los llevó al reencuentro con las raíces que allí por entonces fueron plantadas (los árboles europeos convertidos en selvas americanas...), y sí, como propongo en esta charla, descubrir al otro será siempre descubrirse a sí mismo, mi deseo al escribir ese libro fue que un nuevo descubrimiento, un encuentro digno de ese nombre, un diálogo nuevo con los pueblos iberoamericanos e iberoafricanos, permitiesen descubrir en nosotros capacidades y energías de signo contrario a aquellas que hicieron de nuestro pasado de colonizadores un terrible cargo de conciencia.

Un político catalán, escribiendo sobre *La balsa de piedra*, sugirió que mi pensamiento íntimo no habría sido separar a la Península Ibérica de Europa, sino transformarla en un remolque que llevase a Europa hacia el sur, apartándola de las obsesiones triunfalistas del norte y tornándola solidaria con los pueblos explotados del Tercer Mundo. Es bonita la idea, pero en verdad no me atrevería a pedir tanto. A mí me bastaría con que España y Portugal, sin dejar de ser Europa, descubrieran en sí, finalmente, esa vocación de sur que llevan reprimida, tal vez como consecuencia de un remordimiento histórico que ningún juego de palabras podrá borrar, y sólo acciones positivas contribuirían a hacerlo soportable. El tiempo de los descubrimientos aún no ha terminado. Continuemos, pues, descubriendo a los otros, continuemos descubriéndonos a nosotros mismos.



Revista de Occidente

Enero 1999

WEIMAR, ENCRUCIJADA DE LA CULTURA EUROPEA

**Walter Benjamin, Thomas Bernhard, Bruno Bettelheim,
J. P. Eckermann, Franz Kafka, Bernd Kauffmann,
Volkhard Knigge, Thomas Mann, L. F. Moreno Claros,
José Ortega y Gasset, Joseph Roth, José Manuel Sánchez Ron,
Hernán Santiváñez, Siegfried Seifert, Ignacio Sotelo**

Febrero 1999

ARTE Y PENSAMIENTO ESTETICO EN FRANCIA

**Georges Didi-Huberman, Gerard Genette,
Yves Michaud, Annette Messager, Robert Storr**

Un cuento de

Luis Magrinyá

Miguel Morey escribe sobre

María Zambrano